

EL HOMO SAPIENS SIMBÓLICO. LOS DISCURSOS DE LA MITOLOGÍA PATRIARCAL EN LA CULTURA OCCIDENTAL

JULIA DANAIDE MIRANDA GARCÍA

Caudete (Albacete)

Recibido: 28/8/2012

Aceptado: 08/10/2012

Resumen

La sociedad patriarcal se ha encargado, por medio de ciertos discursos hegemónicos –y de los grandes relatos (metanarrativas) que los han sustentando, de construir identidades de género sesgadas, que han propiciado el establecimiento de relaciones asimétricas, donde unos sujetos se han convertido en individuos subalternos de los otros. La capacidad del ser humano para simbolizar ha permitido el desplazamiento de significados para la justificación de dichos discursos, de los que el relato mitológico es un buen ejemplo.

Palabras Clave: cultura, discurso hegemónico, identidad, ideología, matriarcado, mito, mitología, patriarcado, símbolo, subalterno, subjetividad.

Abstract

Patriarchal society has taken care, by means of some hegemonic discourses –and the grand tales (metanarratives) which have held them up, of creating biased gender identities, which have favoured the establishment of asymmetrical relationships, where some individuals have turned out to be subsidiary to the others. The ability that human being has to symbolize has let the shift of meanings in order to validate these discourses, being the mythological account a good instance of these.

Keywords: culture, hegemonic discourse, identity, ideology, matriarchy, myth, mythology, patriarchy, subaltern, subjectivity, symbol.

«Los mitos de la Creación no se refieren, en absoluto, a los orígenes del mundo sino a los orígenes del patriarcado que se ha proclamado a sí mismo como el mundo»¹.

La sociedad patriarcal, haciendo gala de una refinada retórica elaborada, y reelaborada, para su propia justificación y perpetuación, ha relegado, sistemáticamente, a las mujeres a una posición de constante subordinación y marginación a lo largo del desarrollo de la civilización occidental (por no hablar de otras sociedades distintas a la nuestra y que, aún hoy en día, reconocen muy pocos privilegios y derechos a sus mujeres). En este artículo, mi intención es centrarme, de manera concreta, en la cultura y sociedad occidental, que engloba las prácticas culturales europeas y norteamericanas, eso que en el mundo anglosajón se denomina *Western Society*.

En nuestra sociedad occidental se ha sustentado y perpetuado la hegemonía del discurso patriarcal sobre dos pilares de la, así llamada, tradición heredada, que han resultado fundamentales para la creación de sujetos disciplinados y/o subalternos: los relatos de la mitología greco-latina y la Biblia. Ambas narraciones sirvieron como piedra angular para el desarrollo de una sociedad en la que cualquier signo de reconocimiento de «alteridad» era visto como una amenaza a los valores firmemente establecidos. Esa sujeción de los individuos a las estructuras de poder se ha plasmado de manera más dramática e hiriente en el silenciamiento de ciertos grupos sociales considerados como subalternos, en especial el de las mujeres. Con esa idea en mente, las relaciones de poder que se establecen, entonces, son asimétricas, y son esas relaciones las que construyen nuestros roles sociales y organizan los discursos, a través de los cuales nos imaginamos a nosotros mismos, y a los otros, en la interacción social.

En las sociedades patriarcales, de manera prácticamente generalizada, el hombre era el encargado de la «producción» de las mercancías —llevado esto a cabo con el «sudor» de su frente, para el beneficio de su familia y el bienestar

1. CAPUTTI, Jane. Doctora en Estudios Americanos. Mi traducción de la cita: <http://thinkexist.com/quotes/jane_caputi/>

del estado, aunque en incontables ocasiones se conseguía, más bien, por medio del pillaje y de la guerra. Mientras tanto, la mujer era el sagrado receptáculo de los valores familiares y cívicos, aquellos que debían ser transmitidos mediante la «reproducción» de nuevos ciudadanos. Las funciones culturales asignadas en razón de género, que los individuos debían aceptar con buena disposición –o bien eran forzados a asumir, impregnaban todo tipo de actividad sociocultural que quedaba formalizada por una determinada posición ideológica. Desde posturas de la crítica feminista, se contemplaron los mitos y símbolos occidentales como refuerzo y legitimación de los sistemas de dominación y explotación de las mujeres. Las relaciones intersexuales se interpretaron de manera jerárquica, vertical, relaciones asimétricas en las que uno de los géneros quedaba en una posición inferior, subordinada, al otro.

Es cierto que, con referencia a «la mujer» en la cultura occidental, «*what has been fixed as the «referent» of the term has been «fixed», normalized, immobilized, paralyzed in positions of subordination*»². La posición subordinada de las mujeres, por mor de una serie de constructos alrededor de una ficticia sublimación de la feminidad, ha creado identidades divididas en ellas entre lo que realmente son y lo que las representaciones sociales y culturales dice que son, y se les ha negado sistemáticamente la capacidad de expresarse autónomamente y contar su propia historia. Todo esto determinó que, durante un larguísimo periodo, su posición social en relación con la del hombre mismo se convirtiera en el término negativo, o símbolo de alteridad, en el par de oposiciones tradicional: hombre/mujer. Virginia Woolf definía, de manera inteligente, lo que veía como el papel «real» de las mujeres en la sociedad occidental: «*Women have served all these centuries as looking-glasses possessing the magic and delicious power of reflecting the figure of man at twice its natural size*»³. También es cierto que los constructos sociales afectan a las identidades masculinas, aunque son, en realidad, las mujeres las que más sufren los efectos negativos del sistema patriarcal, y la asignación de roles que éste elabora.

La persistente ausencia de las mujeres de los discursos hegemónicos, a lo largo de la historia de occidente, condujo a su repetido silenciamiento y exclusión de la escena pública que, en muy contadas ocasiones, mujeres de

2. BUTLER, Judith, en Benhabib, Seyla, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser, *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange*, p. 50. Mi traducción: «Lo que se ha fijado como el «referente» del término, ha sido «fijado», normalizado, inmovilizado, paralizado en posiciones de subordinación».

3. WOOLF, Virginia, *A Room of One's Own*, p. 45. Mi traducción: «Todos estos siglos, las mujeres han servido como espejos que poseían el poder mágico y delicioso de reflejar la figura del hombre el doble de su tamaño natural».

excepcional carisma pudieron burlar. Los patrones culturales privilegiaban el falocentrismo en la descripción de «lo femenino». La asignación de roles de género, sustentada por la ideología dominante, se polarizó en la construcción binaria de las identidades femeninas. Tradicionalmente, las estereotipadas imágenes transmitidas por los discursos patriarcales se encontraron encuadradas, con cierta contumacia por parte de aquellos que ostentaban los poderes públicos (ya fueran políticos, religiosos, económicos o sociales), dentro de la ya clásica dualidad: «virgen/prostituta» –una depravada mujer deseosa de la destrucción del varón, al minar y subvertir su autoridad, en abierta oposición a una criatura pura, cuya intachable virtud engrandecía los méritos masculinos, y que servía como nítido espejo donde podía ver moldeada y agrandada su propia identidad. Esa dicotomía permitía mudar a las mujeres en una mera mercancía de consumo al servicio de los deseos y apetitos de los hombres. Ambos retratos privilegiaban el cuerpo de la mujer como lugar de poder, según expresaba Foucault, y escenario de dominación a través del cual se obtenía la docilidad de los cuerpos rebeldes y se construía la subjetividad. Las tesis de Michel Foucault subrayan que el humanismo occidental ha tendido a privilegiar la experiencia de la élite masculina mientras que, en un ejercicio de elaborada duplicidad, a la vez enarbolaba los ideales universales sobre la verdad, la libertad y la naturaleza humana. De esta manera, las mujeres se encontraron, por completo, a merced de los discursos hegemónicos masculinos, que se confirieron a sí mismos la potestad para reinterpretar el discurso femenino y la configuración de identidades normativas, ofreciendo un retrato sesgado y unidireccional de las relaciones de poder.

Por lo tanto, en los patrones culturales de la civilización occidental, se primó el discurso androcéntrico en la descripción de «lo femenino». Los roles de género, socialmente contruidos, se perpetuaron gracias a la ideología dominante. Así, «la mujer», históricamente, ha sufrido, en sus propias carnes, los efectos que el discurso patriarcal ha transmitido, al haber sido repetidamente: *silenciada*, evitando, de esta manera, que pudiese ser escuchada su propia voz; *profanada*, de diversas maneras, en su propio cuerpo; *desplazada* a los márgenes de la sociedad, alejada de los centros de poder; *despojada* de sus derechos naturales como ser humano; *excluida* de las responsabilidades públicas, siendo confinada al entorno familiar; *reprimida* en sus verdaderos sentimientos; *sujeta* a la autoridad del varón, ligada su identidad a su construcción social como hija, esposa y madre; *cosificada* como una mera mercancía objeto de transacción en las relaciones sociales; y, finalmente, *privada* de su propio ser para ser reconstruida por artífices ajenos a ella, que han forjado

nuevas identidades en las que le ha resultado, cuanto menos complicado, reconocer a sí misma.

Si el cuerpo femenino es el lugar de poder por medio del cual los hombres someten a las mujeres al discurso normativo hegemónico, aquellas mujeres que ejercían control sobre sus propios cuerpos, transgrediendo las normas sociales o morales –por lo tanto transfiriendo el poder de los hombres a las mujeres, debían ser hostigadas y adecuadamente castigadas (baste recordar la desmedida persecución a la que enfrentaron las mujeres tildadas de brujas por sus congéneres). Y no sólo debían ser sojuzgadas por el ejercicio de la fuerza física sino, también, por el uso y abuso del lenguaje. Nuevamente, Foucault nos habla de cómo el poder engendra la verdad, y el mismo Lenin afirmaba que una mentira repetida miles de veces se convertía en verdad (aserción utilizada reiteradamente por Joseph Goebbels, ministro de propaganda del gobierno nazi, que tuvo efectos perversos y devastadores en amplios sectores de la población europea, especialmente durante la persecución a los judíos, a los que se deshumanizó y desnaturalizó en aras de su sistemática extinción). Por lo tanto, los poderes hegemónicos han aprendido a distorsionar el significado de algunas palabras para su propio beneficio, arrojando dudas sobre la reputación de las personas –especialmente mujeres, en su determinación por colocarlos en una posición subordinada. En «Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado. Freud y Lacan», Louis Althusser observa los aparatos ideológicos y represivos del estado como un medio de poder político contra las mujeres. Ve la cultura, incluso el propio sistema patriarcal, como parte de un conjunto de ideas aceptables para los propósitos del estado y del status quo político.

Por medio de la agencia de la Ciencia Social y los discursos antropológicos –llevados a cabo por eruditos tales como Herbert Spencer, Lewis Henry Morgan, Henry Maine o Edward B. Tylor, entre otros, el patriarcado y su organización –por medio de la configuración de estructuras sociales y roles de género, quedaron justificados. La mayor parte de los primeros antropólogos y científicos sociales, con raras excepciones, sostuvieron que el patriarcado era el modo dominante de organización social a través de la Historia, desde sus inicios. En los discursos contemporáneos, sin embargo, se admite que el patriarcado es más el resultado de construcciones sociológicas ideadas por los hombres para legitimar su ejercicio de poder sobre las mujeres –un conspicuo caso de desarrollo atrofiado (con una parte del cuerpo social, por analogía con el cuerpo físico, que queda tullido). En esos discursos, la familia era considerada como la unidad social primaria, pre-humana, pre-cultural y universal, con el padre como figura emergente que ejercía su autoridad sobre el resto de la familia. Según este pensamiento, la universalidad de la familia derivaba

de la universalidad de las relaciones que se establecían en su seno –estudios posteriores demostraron el error de tal afirmación, ya que la estructura social también participa de un carácter de construcción social contextualmente mediada, al igual que los roles de género y las identidades.

Una manera en la que se pueden crear identidades es a través de historias que permiten el afianzamiento de las grandes narrativas en la conciencia social compartida. Las grandes historias se convierten en símbolos poderosos cuando son contadas y re-contadas a través de generaciones, y acaban erigiéndose en poderosos emblemas de actitudes y valores compartidos. La historia ha ejercido un importante papel en la constitución de las identidades individuales y de los roles sociales y culturales: nos dice quiénes somos y de dónde venimos. Somos las historias que nos hemos contado a nosotros mismos y que otros han contado de nosotros, sean éstas verdaderas o falsas. Esto ha dado lugar a la conformación de unos sujetos que, en muchas ocasiones, han distado mucho de la realidad porque han sido identificados con unos roles sociales, legal o moralmente sancionados, que han entrado en conflicto con las verdaderas identidades de dichos sujetos. En el siglo XX se comenzó a cuestionar la indivisibilidad del individuo, y a describir la identidad como un constructo cultural y socialmente mediado. Por lo tanto, el acercamiento a la parte de la persona que no aparece en la superficie resulta sumamente atrayente.

El ser humano actual, *Homo Sapiens Sapiens*, es el resultado del desarrollo evolutivo a partir de una de las diversas ramas de homínidos que poblaron la tierra en diferentes estadios cronotópicamente determinados. A pesar de la extendida creencia –que todavía prevalece en amplios sectores de la sociedad, que contempla la evolución como un desarrollo, a priori determinado, hacia estructuras más complejas y perfectas, la evolución no tiene un propósito esencialista en sí misma, no es determinista ni lineal sino que, a imagen de los sistemas complejos autopoieticos, es un proceso complejo, multidimensional, cuya morfogénesis es el resultado de la conjunción, aparición, desarrollo y transformación de diversos factores: ecológicos, morfológicos, genéticos, biológicos, psicológicos, sociales y culturales. La hominización es un complejo fenómeno en el que, a medida que se van desarrollando ciertas potencialidades, éstas se constituyen como entorno para otras en un proceso implicado e implicante. El ser humano es el resultado de una multiplicidad de relaciones e interacciones entre todos esos elementos, y esto es lo que le ha conferido esa singularidad tan característica que le ha llevado a considerarse a sí mismo como un ser absolutamente original y único, «creado» con único el propósito de dominar sobre el resto de los seres, animados e inanimados, que forman

parte de su entorno natural, quienes se constituyen como meros instrumentos al servicio del progreso y bienestar del ser humano.

En un momento determinado de la evolución, los miembros de una línea filogenética comenzaron a experimentar estados de conciencia desconocidos hasta ese momento que modificaron, de manera sustancial, el devenir evolutivo de la especie: «la percepción de la muerte», no sólo como un hecho natural del proceso vital, o como un sentimiento de pérdida, sino como un proceso de transformación de un estado a otro totalmente diferente. Gracias a esa toma de conciencia con respecto a la muerte, aparece el pensamiento abstracto y la capacidad de simbolizar el entorno que les rodea, propiedad distintiva del *Homo Sapiens Sapiens*. De esta forma, hace su aparición el hecho religioso y el desarrollo de la creatividad artística, explicitados en diversos elementos socioculturales, contextualmente mediados. La apreciación del hecho natural de la muerte no es, ni mucho menos, exclusiva del ser humano. Algunas especies animales la reconocen, y especies de *homo* distintas a la del *Sapiens Sapiens* –tales como *Erectus* o *Neandertal*, se cree que eran capaces de apreciar la muerte como una presencia inevitable. Sin embargo, ninguna especie, salvo la especie de *homo* que dio origen al hombre actual, la integra en su vida cotidiana, la reconoce como un hecho complejo indisolublemente conectado al hecho mismo de la vida. Sólo el *Homo Sapiens Sapiens* ve en ella el paso de un estado a otro.

El ciclo vida-muerte se convierte, así, en una ley de la naturaleza que conduce a otra vida más allá de la terrenal y perceptible, en donde se mantiene la identidad esencial del individuo, aunque en un estado transformado. Aparece, de esta forma, la imaginación, lo abstracto e inmaterial en la percepción de la realidad, y el mito se convierte en una realidad sincrónica paralela a la diacrónica de la historia. El mundo mitológico le ofrece al ser humano un lenguaje simbólico con el que dar respuesta a los enigmas que la naturaleza le plantea, especialmente aquél de la integración de la muerte en el ciclo de la vida. Como comenta el distinguido filósofo e historiador de las religiones Mircea Eliade, el *Homo Sapiens* es el «único capaz de comunicar y representar conscientemente el universo por medio de signos»⁴. Por vez primera en la historia evolutiva, una especie es capaz de «comunicarse por medio de símbolos e imágenes que relacionan lo observable y lo representable»⁵. Ésta se apropia de la complejidad que le rodea gracias a su capacidad para simbolizar

4. SCHWARZ, Fernando, *Mitos, Ritos, Símbolos. Antropología de lo Sagrado*, Ed. Buenos Aires, Biblos, 2008, p. 28.

5. *Ibidem*.

su entorno. Éste es el rasgo fundamental que caracteriza al *Homo Sapiens Sapiens*, convertido en *Homo Sapiens* simbólico.

El ser humano toma, así, conciencia de su singularidad, se coloca en el centro de la naturaleza que observa, y reconduce el entorno hacia sí mismo. De esta forma, elabora todo un sistema de valores socioculturales que moldearán su pensamiento, acción y representación de la realidad que le rodea. Por medio de lo sagrado, «le resulta posible trascender su propio plano de existencia y relacionar otros que sobrepasan sus propios límites interiores»⁶. Si en el Paleolítico surge el sentimiento religioso ante la muerte, durante el Neolítico, se produce una percepción de la divinidad:

El hombre ya no es considerado sólo un mero ser físico o emocional sino que es capaz, gracias a su imaginación, de crear símbolos, establecer lazos que preservan la relación entre lo concreto y lo abstracto, lo visible y lo invisible, la tierra y el cielo, etc. Se lo reconoce como *Homo Symbolicus*. La experiencia del mito y del símbolo conduce al hombre hacia sí mismo, desvela su propia existencia y su propio destino⁷.

Llegados a este punto, nos podemos preguntar por la razón del mito. Los seres humanos actuales han sido, prácticamente desde siempre, forjadores de mitos, buscadores de conocimiento. Desde los albores de los tiempos, donde las brumas de lo poco conocido desdibujan el tangible devenir de la Historia, inventaron historias que les permitieran situar sus propias vidas en un escenario más amplio, que les revelara el patrón esencial subyacente para discernir y comprender el significado y el valor de la vida misma. Por tanto, el mito no debe considerarse como una historia contada en su propio provecho, sino que pretende mostrar tal y como debería ser el comportamiento del individuo en la sociedad. Como invoca Mircea Eliade, la función primaria del mito es la de fijar modelos ejemplarizantes de todos los ritos y acciones humanas significativas. La mitología sitúa al hombre/mujer en el camino correcto –en cuanto de normativo tiene, en su dimensión espiritual, social o psicológica, que le impele hacia un proceder y acción adecuados en este mundo y en el del más allá. Un mito puede ser considerado, esencialmente, como una guía vital. La pretensión principal de la mitología ha sido la de ayudar al ser humano a lidiar con su problemática existencial (¿Quién soy?, ¿De dónde vengo?, ¿A dónde me dirijo?, ¿Cómo me relaciono con lo que me rodea?, etc.), creando mitos sobre sus antepasados que, si bien distan mucho de ser considerados relatos verídicos, históricamente situados, ayudan a explicar comportamientos y experiencias convencionales. Tal es así que, cuando Sigmund Freud y Carl

6. *Ibid.*, p. 29.

7. *Ibid.*, p. 48.

Jung comenzaron a diseñar la búsqueda moderna del alma, instintivamente volvieron la vista atrás, hacia la mitología clásica, para ofrecer una explicación accesible a sus observaciones y, de esta manera, otorgaron a los viejos mitos una nueva significación.

Durante toda la historia de la civilización humana, los mitos han constituido una parte integral de las relaciones sociales. Estas narraciones no poseen límites culturales ya que son fácilmente rastreables en cualquier tipo de sistema cultural. La Mitología –entendida tanto como «corpus de mitos» como «teorías sobre el mito», nos ayuda a comprender los mecanismos que han llevado a la formación de las identidades, tanto masculinas como femeninas, en el pasado, pero también en el presente, y pueden ayudarnos en el proceso futuro de reconceptualización del género. Las construcciones culturales y sociales de las identidades, y la asignación de los roles de género, se han visto continuamente legitimadas por ciertos discursos y, también, por los metarrelatos en los que éstos se han venido explicitando. Contrariamente a lo que durante un largo periodo se postuló, las identidades no vienen naturalmente dadas, ya que «[t]he categories according to which people are identified as the same or different [...] are social constructs that reflect no natures or essences. They carry and express relations of privilege and subordination»⁸.

En el siglo XX, se comenzó a cuestionar la indivisibilidad del sujeto, y se empezó a explicar la identidad como un constructo, un artefacto cultural socialmente mediado. Hasta ese momento, los discursos dominantes se habían encargado de crear sujetos perfectamente identificados y «normalizados» en base a una serie de oposiciones binarias sistematizadas y sancionadas por la tradición. Sin embargo, el pensamiento de la postmodernidad vino a cuestionar todo tipo de «fijismos», porque apreció que «cultures, societies and traditions are not monolithic; univocal and homogeneous fields of meaning»⁹. Por lo tanto, los individuos –a pesar de las connotaciones que la etimología nos evoca, son sujetos con múltiples identidades, la mayoría latentes en el subconsciente, y otras muchas patentes a través de su articulación en la interacción social, por medio de la asunción de ciertos roles sociales. La identidad es el modo cómo las subjetividades se conforman; éstas son heterogéneas y altamente dependientes del contexto. Por tanto, a la hora de examinar la

8. YOUNG, Iris Marion, *Intersecting Voices*, Princeton University Press, 1997, p. 14. Mi traducción: «Las categorías con las que se identifica a las personas como iguales o diferentes [...] son construcciones sociales que no reflejan ni naturalezas ni esencias. Transmiten y expresan relaciones de privilegio y subordinación».

9. BENHABIB, Seyla, en Benhabib, *op. cit.*, p. 26. Mi traducción: «culturas, sociedades y tradiciones no son campos de significaciones monolíticas, univocas y homogéneas».

constitución de identidades, inevitablemente aparecerán cuestiones relacionadas con el ejercicio del poder hegemónico como mecanismo de subordinación que «constitute subordinating modes of subjectivity and identity»¹⁰.

Los mitos forman parte de esos metarrelatos de construcción de identidades sociales y culturales. Como comentaba más arriba, la Mitología no sólo se refiere al corpus de mitos existentes en todo el mundo sino, también, a las teorías elaboradas sobre el mito, con sus propias ideologías y sesgos de género. Varios estudiosos de prestigio, que han elaborado diversas teorías sobre los héroes míticos, restringen el heroísmo, casi de manera exclusiva, a los varones. Alegan que, puesto que existen aspectos importantes de sus vidas heroicas que consisten en establecer una relación (sexual) con una madre literal, o simbólica, como forma de establecer una posición de poder, es el héroe masculino el único que puede asumirlo con propiedad. Incluir *héroes* femeninos socavaría dichas teorías. Así se observa que las, supuestamente objetivas, teorías sobre los mitos esconden sus propios prejuicios ideológicos. En las metanarrativas del patriarcado, los sujetos desposeídos de la autoridad discursiva son, principalmente, las mujeres como grupo social constituido.

Los mitos y las teorías sobre el mito no habitan en un vacío. En cada época, la historia general del mito es recreada, en contacto con un contexto específico. El género de la audiencia, su familiaridad con el entorno local y el folklore, la marginalización social y las adaptaciones de los géneros literarios a la religión oficial son, entre otros, factores determinantes que ejercen una enorme influencia en la interpretación y el contenido de los propios mitos. De la misma forma, las teorías sobre el mito se encuentran ancladas a contextos sociales e ideológicos concretos. Ni los mitos ni las teorías sobre los mitos son narrativas con significados fijos. Cuentan también con significaciones no oficiales, escondidas bajo la superficie visible, sentidos que se pueden activar mediante la investigación o al ser re-contados en un nuevo contexto. Quizás cada vez que contamos o escribimos sobre un mito creamos uno nuevo: los mitos se encuentran inmersos en un proceso constante de elaboración y re-elaboración.

Los mitos basados en el género y en la raza han perdurado a pesar de las numerosas evidencias que ilustran todo lo contrario. Por lo tanto, ¿de dónde vinieron y por qué resultan tan persistentes en el tiempo y las culturas? En los mitos relacionados con las posiciones de género, es creencia comúnmente

10. *Ibidem*. Mi traducción: «constituyen modelos subordinados de subjetividad e identidad».

asumida que, ya que los hombres son los principales «productores» en la sociedad moderna, siempre ha debido ser así. En realidad, en los primeros tiempos, cuando las mujeres eran las principales proveedoras y productoras de alimentos, se cree que existían sociedades matriarcales en las que las mujeres ostentaban un estatus superior y eran, así mismo, glorificadas como diosas. Existe un amplio abanico de teorías que intentan explicar el por qué de este drástico cambio. Algunas, como la de la estadounidense Evelyn Reed, interpretan que, con la evolución de la propiedad privada, las mujeres perdieron su lugar en la vida productiva, social y cultural y, por consiguiente, su valor para la sociedad se desmoronó a la par que su anterior prestigio. Otras, como la de la francesa Simone de Beauvoir, pensaron que el cambio aconteció cuando se demostró que los hombres, al igual que las mujeres, se hallaban involucrados en el proceso reproductivo. En su conocida obra *El Segundo Sexo*, señala que una temprana división del trabajo fue el origen de la desigualdad entre los sexos que consolidó el patriarcado. En la mitología griega, la transición del matriarcado al patriarcado se explicita en el mito de Teseo, el gran patrón de Atenas, que derrotó al Minotauro. Este ser, mitad hombre mitad toro, vivía en el centro del laberinto, imagen de cómo el pensamiento griego concebía la mente de las mujeres: algo fuera de toda lógica, como los intrincados pasadizos de un laberinto. El mismo Freud simbólicamente imaginó el



Imagen 1: Cueva
«El Útero de Roca»
(Benkovo, Bulgaria).

mito del asesinato de un todopoderoso padre por su propio hijo como el origen de la civilización (un Zeus destronando a su padre Cronos). Describió la Historia pasada, y la contemporánea, como una continua lucha por el poder entre reprobables hijos deseosos de ocupar el puesto de su padre y reproducir su tiránico comportamiento.

Así, muchos mitos de la cultura occidental nos hablan de los orígenes de la sociedad patriarcal. Sin embargo, por regla general, los mitos sobre las sociedades matriarcales han quedado ocultos o minimizados debido, en gran medida, a la prevalencia de los discursos hegemónicos que, como hemos visto, tendían a relegar a un segundo plano, lejos de la arena pública, el papel de las mujeres en la sociedad. A pesar de todo esto, y en muchas ocasiones fortalecidas por las evidencias arqueológicas (como el hallazgo de la cueva conocida como «El Útero de Roca», situada en

Benkovo, Bulgaria, que, en cierta medida, viene a confirmar teorías sobre la existencia de la Gran Diosa Madre Neolítica, como la de Marija Gimbutas), muchos estudios afirman que, mucho antes de la existencia de registros escritos, la sociedad se organizó en torno a las mujeres; además, se pensó que sus valores eran primordialmente femeninos.

El antropólogo suizo Johann Jakob Bachofen, ya en el siglo XIX, sostuvo la tesis de que, en la evolución de las culturas, antes de de la generalización del patriarcado, la sociedad estuvo regida por una ginecocracia, por una organización social matriarcal. Siguiendo sus palabras, el patriarcado surgió cuando los hombres asumieron el control de la religión. Otro prestigioso antropólogo, también del siglo XIX, el británico John Ferguson McLennan, llegó a conclusiones similares a las de Bachofen –sin conocer la obra de éste, y subrayó la importancia del matriarcado y de la descendencia matrilineal en las culturas primitivas. A partir de esos momentos, comenzaron a surgir estudios sobre el tema y a aceptarse la idea de una cultura ancestral, a lo largo de todo el Mediterráneo, que veneraba a la Madre Tierra y que, en última instancia, había sido reemplazada por la religión patriarcal que los invasores indoeuropeos habían traído consigo en sus invasiones.

La veneración a las mujeres en épocas prehistóricas se explica por la posibilidad del cuerpo de la mujer para engendrar otros seres humanos. El mito matriarcal, por lo tanto, presenta un dibujo arquetípico de feminidad que lo une, de manera ineludible y estereotípica, a su cuerpo, a la maternidad y a las fuerzas generatrices de la naturaleza. Esos mismos estereotipos fueron manipulados para justificar la posición subalterna de las mujeres en la sociedad. De todos los estudios llevados a cabo en el último siglo, se puede razonar legítimamente sobre la existencia de una Gran Diosa Madre, que reunía en sí misma todas las energías generadoras de la naturaleza. En muchos pueblos de Asia Menor se la adoró bajo diferentes advocaciones aunque, en esencia, el mito y el ritual era el mismo. A esta poderosa madre se le asoció la figura de un amante divino –que, en muchas ocasiones, era su propio hijo, cuyas relaciones vitales marcaban los



Imagen 2: Venus de Laussel (Marquay, Francia). Era Prehistórica c. 22,000 A.C.

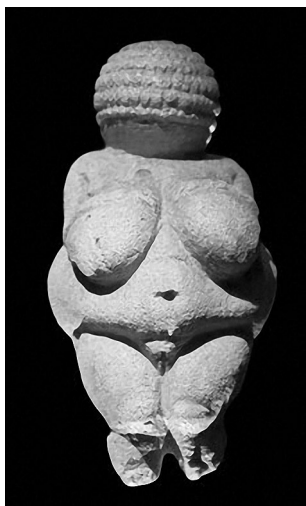


Imagen 3: Venus de Willendorf (Willendorf, Austria). Paleolítico Superior, c. 24,000-22,000 A.C.

diferentes periodos anuales que la naturaleza marcaba.

Excavaciones arqueológicas en Europa y en Asia Occidental han puesto al descubierto estatuillas femeninas, las más antiguas de ellas de hace unos 30.000 años.

Basándose en esas representaciones artísticas, algunas mujeres han revivido a la «diosa de la tierra» en religiones que beben de diversas tradiciones, y que han creado una mitología alternativa de sociedades matriarcales pacíficas. La espiritualidad feminista no se encuentra libre de críticas pero, en contraste con sus misóginos homólogos patriarcales, la mitología de la diosa ofrece imágenes de mujeres que reafirman y celebran a la «mujer» y lo «femenino», en el sentido pleno de los términos. Cynthia Eller¹¹ sugiere que las mujeres encuentran en esas religiones, basadas en la primacía de la diosa, una

experiencia de poder que no se encuentra presente en sus vidas cotidianas.

Algunos reputados antropólogos, como la historiadora perteneciente al grupo *Cambridge Ritualists*¹² Jane Harrison, reivindicaron la emergencia de los mitos matriarcales. «Patriarcado» y «patriotismo» comparten la misma raíz etimológica, y ambos necesitan representar un matricidio simbólico. Harrison destacó la importancia de la figura de la Madre en las culturas ancestrales. Según ella, el patriarcado fue instituido por medio de la lucha de los hombres contra los cultos de la Diosa, y contra las mujeres mismas, y los vestigios de este conflicto se pueden rastrear a través de los numerosos mitos sobre violaciones a gran escala de mujeres, recogidos en la mitología olímpica. Por otra parte, la escritora británica Virginia Woolf (que consideraba a Jane Harrison como su maestra), explicó la función de ese abuso sexual como parte de un largo proceso de socialización de la mujer. De la misma manera, Jane Harrison

11. Profesora asociada en Estudios de la Mujer y de la Religión, en la Universidad de Montclair (Nueva Jersey, USA), en su obra *Living in the Lap of the Goddess. The Feminist Spirituality Movement in America*.

12. Grupo de prestigiosos eruditos, estudiosos de la cultura clásica, de los años 20 y 30. Se ganaron el apelativo por su común interés en el ritual, más concretamente, por sus intentos de explicar el mito y las tempranas formas del drama clásico originado desde el ritual.

encontró que la violación, la institución del matrimonio y la sumisión de las mujeres eran sucesos simultáneos en la memoria colectiva del mito. Y algo de verdad debe llevar implícita esas afirmaciones de Harrison, ya que la lectura simbólica que se hace de los mitos considera que éstos encierran un contenido veraz sobre los principios esenciales que gobiernan una sociedad determinada, a la vez que comprenden pautas de comportamiento a evitar, o a seguir, como modelos de conducta. Es más, el escritor y erudito británico Robert Graves ofrece una evidencia arqueológica que podría sustentar la existencia de ese culto a la Diosa Madre: «A juzgar por los artefactos y los mitos que han sobrevivido hasta nuestros días, toda la Europa neolítica tenía un sistema de ideas notablemente homogéneo, basado en el culto a la Diosa Madre»¹³.

Si en los cultos primitivos de la Diosa Madre, ésta era la generadora y dadora de vida, en las religiones patriarcales Dios es quien crea la tierra y, a menudo, recibe la ayuda de animales –las tortugas en Asia Central, las golondrinas entre los Yukuts y los gansos en el sur de Siberia. En otros mitos cosmogónicos se nos habla de la emergencia de tierra y los seres humanos a partir de un huevo cósmico o de un cuerpo primordial desmembrado. En todos esos relatos de los orígenes resulta sorprendente las pocas referencias que aparecen sobre el papel, fundamental en la naturaleza, de la mujer en la creación de la tierra y los seres humanos. Si la biología nos muestra que son las hembras las que pueden engendrar y dar a luz a un ser vivo, es absolutamente insólito el silenciamiento que se produce en las narraciones de la mayor parte del corpus mitológico de los distintos pueblos, especialmente en el entorno de las culturas occidentales. Los mitos sobre los orígenes del mundo y la humanidad a menudo nos hablan de autosuficientes dioses no-femeninos que crean y procrean.

Esta negación de la colaboración de la mujer en la creación se evidencia en las relaciones maritales, en las que los hombres se convierten en los auténticos (e incluso únicos) «genitores» de la stirpe familiar. Son los transmisores del «patrimonio», de la herencia recibida de sus propios padres. De manera más simbólica, el papel de la mujer en la procreación se transfiere a un plano social, por ejemplo, en los ritos de iniciación masculinos, mediante los cuales los jóvenes renacen como hombres a través de otros hombres, o cuando tratan de imitar la procreación femenina proyectando ésta en la creatividad artística, convirtiéndose, así, en los verdaderos artífices y hacedores del mundo social y cultural.

13. GRAVES, Robert. *Los Mitos Griegos*, Madrid, Alianza, 1985, p. 13.



Imagen 4: Poster de propaganda (EE.UU.) Mi traducción: «Estoy orgullosa... mi marido controla mi útero. Él sabe lo que Dios quiere para nuestra familia.»

Una causa importante de la inseguridad de los hombres, con respecto a las mujeres, puede deberse, entonces, a la capacidad que tienen de concebir, localizada ésta en su matriz. El útero es un dominio de posible poder autónomo para la mujer y, por lo tanto, tiene que ser constreñido.

Para evitar que las mujeres utilicen este poder tan formidable, los hombres se sienten en la necesidad de controlarlas robándoles el secreto de la procreación. Por eso, los mitos sobre el poder masculino son, al mismo tiempo, narrativas sobre temores, profundamente arraigados, del poder de la procreación de la mujer. Una de las principales obsesiones de la ley patriarcal ha sido la sexualidad y el control del cuerpo. En su gran mayoría, las representaciones convencionales de los discursos patriarcales han privilegiado el cuerpo de la mujer, en palabras de Foucault, como un constructo

social, «site of power, that is, as the locus of domination through which docility is accomplished and subjectivity constituted»¹⁴. Ejercer poder sobre el cuerpo implica el dominio sobre todo el ser. Los discursos patriarcales son proclives a socavar los «cuerpos rebeldes» –que no se ajustan a la norma, silenciándolos, reprimiéndolos, suprimiéndolos o desplazándolos del centro normativo –entre los límites de lo que Adrienne Rich ha denominado, acertadamente, *Compulsory Heterosexuality* («Heterosexualidad Obligatoria»), y etiquetándolos como inmorales, depravados o decadentes –recordemos el juicio por inmoralidad contra el famoso escritor victoriano Oscar Wilde–.

De manera extendida, ha existido un punto de vista misógino sobre las mujeres en ésta, nuestra sociedad occidental. Como norma, escritores, filósofos, teólogos, teóricos sociales y demás, han tendido a representar, en sus discursos, los presupuestos básicos que articulan el lenguaje patriarcal y, consciente o inconscientemente, éstos han impregnado hasta los cimientos los modelos culturales occidentales, principalmente al privilegiar el discurso

14. FOUCAULT, Michel, *Feminism & Foucault: Reflections on Resistance*. Mi traducción: «el emplazamiento del poder, es decir, como lugar de dominación a través del cual se logra la docilidad y se constituye la subjetividad».

masculino en su descripción de lo femenino. La mujer era «enemiga de la amistad, un castigo inevitable, un mal necesario, un tentación natural, una calamidad deseable, un peligro doméstico, un detrimento deleitoso, una naturaleza ruda pintada con bellos colores»¹⁵; su papel en la reproducción, secundario: «El padre tiene que ser más amado que la madre y merece mayor respeto porque su participación en la concepción es activa y la de la madre simplemente pasiva y material»¹⁶.

Los roles de género asignados a las mujeres, a través de los discursos dominantes, se polarizaron, como ya hemos visto, en una construcción binaria de las identidades femeninas: virgen/puta. La ideología occidental, y con ella los mitos patriarcales, contemplaban las relaciones sociales y la construcción de las identidades, de manera constante, por medio de una serie de dualidades, las denominadas por Derrida oposiciones binarias, que situaban a cada uno de los pares en polaridades opuestas, donde se privilegia un término sobre el otro. Por supuesto, el polo negativo siempre se adscribía a la mujer mientras que el positivo se atribuía a la representación del hombre y la masculinidad. La crítica literaria, filósofa, dramaturga y feminista francesa, Hélène Cixous ha elaborado una lista de algunos de las oposiciones binarias más comunes: Actividad/Pasividad, Cultura/Naturaleza, Sol/Luna, Cabeza/Corazón, Día/Noche, Padre/Madre, Inteligible/Sensible, Logos/Pathos, Forma/Materia, Convexo/Cóncavo, Semilla/Receptáculo, Escalón/Terreno, **Hombre/Mujer**. Estas categorías, por medio de la naturalización del lenguaje, se han internalizado en nuestra sociedad convirtiéndose en una manera «lógica» de ordenar y clasificar el mundo que nos rodea.

Sin embargo, el mito matriarcal no contiene las mismas imágenes arquetípicas de la masculinidad, en las que implícitamente se trasluce que los hombres son más libres que las mujeres a la hora de decidir quienes quieren ser. El mito de la prehistoria matriarcal, por lo tanto, no parece ofrecer a las mujeres un futuro en que poder construir sus propias identidades conforme a sus preferencias individuales, sus valores y sus naturalezas, porque el patriarcado se ha apropiado de sus símbolos para pervertir los significados, y estas imágenes ahora se encuentran cargadas de connotaciones negativas: maternidad, procreación, madre nutricia, etc. En los actuales discursos sobre la femineidad se han recuperado figuras recurrentemente asociadas a la mujer, que en la dualidad normativa ocupaban el polo negativo, por ejemplo la figura de la luna. Ésta se ha venido asociando, desde antaño, a las cualidades femeninas

15. San Juan Crisóstomo (347-407) <<http://rincondelloboestepario.blogspot.com.es/2011/01/la-mujer-en-el-cristianismo.html>>

16. Santo Tomás de Aquino (1225-1274). *Ibidem*.

de receptividad, sentimiento, humedad, fertilidad, alimento, intuición y sanación. Representando la profundidad, oscuridad y misterio, la órbita lunar causaba sobrecogimiento y temor en las culturas primigenias, asociándose al reflejo celestial del principio femenino. Su capacidad para alumbrar la noche con su brillante fulgor o, por el contrario, sumergirla en la oscuridad más profunda, se contempló como un arcano aterrador. De esta forma, los cultos patriarcales llevaron a cabo el fenómeno que los arqueólogos denominan «solarización» –el proceso de reasignar los simbolismos más elevados (Solar y Celestial) a las imágenes masculinas mientras que, al mismo tiempo, se enlazan las representaciones femeninas con los aspectos más infravalorados (Lunar y Terrenal). Por eso, cuando el gobierno patriarcal se impuso en las sociedades, los antiguos rituales lunares fueron erradicados, alimentados por un miedo irracional a los poderes creativos de las mujeres. La luna, y con ella sus fieles devotos, fueron contemplados con espanto y terror, alimentando supersticiones sobre dementes y lunáticos. No en vano las enfermedades mentales, en especial desde la época Victoriana, se asociaban a dolencias femeninas –sobre estas cuestiones, es interesante el libro de Sandra M. Gilbert y Susan Gubar *La Loca del Desván: La Escritora y la imaginación Literaria del Siglo XIX*.



Imagen 5: Diosa árabe pre-islámica (Museo de Bellas Artes de Lyon). Una de las tres diosas principales de la Meca: Al'Uzza, Allat y Manat

Otra imagen que se ha recuperado es la de la «Triple Diosa», término inicialmente popularizado, en el siglo pasado, por el escritor británico Robert Graves en su libro *La Diosa Blanca*. Éste explicitaba la triplicidad de la Diosa como doncella, madre y anciana, y muchas creencias neo-paganas han seguido esta imaginaria en la construcción de sus cultos. Mientras algunos estudiosos atribuyen la imagen a la viva imaginación del poeta, recientes descubrimientos arqueológicos han puesto de relieve que «las triplicidades de la diosa» pueden ser rastreadas a través de las culturas de la vieja Europa y Oriente Medio.

Mientras la mayoría de nosotros contemplamos la imagen unitaria de Nuestra Madre, debido a figura de la Virgen María que el pensamiento cristiano ha transmitido en la sociedad

occidental, siempre ha habido un importante aspecto trinitario en su veneración. Irónicamente, el gran teólogo cristiano San Agustín se burlaba de los paganos por su creencia en que la Triple Diosa pudiera ser Una y a la vez Tres. Después de su conversión, ¡él mismo se encontró defendiendo la versión masculinizada de la misma doctrina!

Figuras femeninas pueblan la mitología grecolatina, como rastro imperceptible del poder de la Diosa Madre. Así, la Madre y la Hija, o Doncella, quedaron tipificadas por medio de las figuras de Deméter y Perséfone. De hecho, el nombre *De-Meter* significa, simplemente, «Dios [la] Madre» o «Dios Madre», mientras que Perséfone era más conocida por sus devotos como Koré, que significa «Doncella» o «Hija». Las Parcas, también llamadas Moiras o Destino, determinaban el inicio de la vida de un ser humano, cuando finalizaba ésta, y los sucesos que se devanaban entre ambos acontecimientos. Se las representaba por medio de tres figuras femeninas: (1) Cloto (etimológicamente «la hilandera») aparecía como una doncella, presidía el momento del nacimiento y portaba un ovillo de lana con el que iba hilando el destino de la vida humana; (2) Láquesis («la que distribuye la suerte»), a la que la representaba como una matrona, enrollaba el hilo en una bobina, midiendo y dirigiendo el curso de la vida; y Átropos, la que cortaba el hilo de la vida con sus tijeras de oro –sin que ninguna vida humana gozara de prerrogativa alguna, se encarnaba en la figura de una anciana. Su nombre significa «inexorable» o «inevitable», y era la más terrible de las tres, así como lo es la muerte para el ser humano. Se decía que Zeus, el gran padre de los dioses, podía intervenir en sus decisiones y que podían ser manipuladas. Sin embargo, en la mayoría de los mitos son eternas y más poderosas que ningún otro dios.

Cuando el culto a una Diosa Madre fue completamente erradicado sólo sobrevivió en mitos y pequeñas historias; mientras tanto, el poder de la divinidad fue gradualmente usurpado por deidades masculinas. A través de ellos la creación no emergía espontáneamente, como lo hace un bebé del vientre de su madre y participa de su misma sustancia, sino que era fabricada a partir de las fuerzas elementales del caos, a donde la antigua Diosa fue pronto relegada. Entre las muchas diosas genitoras que corrieron esa suerte, me gustaría mencionar las figuras de Medusa y de Perseo, su asesino patriarcal. El poder de la diosa se demonizó en su repugnante persona, con su cabeza cubierta de serpientes y su mortífera mirada, de la misma manera que las mujeres perdieron su igualdad con los hombres y sus propios poderes de generación y procreación fueron degradados y, en última instancia, demonizados.

En su libro *Los Mitos Griegos*, Robert Graves explica que el mito de Perseo y Medusa guarda la memoria de la confrontación que tuvo lugar entre

hombres y mujeres en la transición de la sociedad matriarcal a la patriarcal. El triunfo de Perseo sobre la Gorgona representa el fin de la dominación femenina, momento en el que los hombres se apoderaron de los templos. Lo femenino ha persistido como fuente de ansiedad para los hombres, de temor ante el poder de la mujer. De este modo, el hecho de identificar a las mujeres con Medusa avivó un aspecto que era, a la vez, fascinante y peligroso. La mujer «disoluta», a quien el hombre al mismo tiempo teme y busca, y para quien Medusa es la máscara. De hecho, es la gran Diosa Madre cuyos ritos fueron ocultados a los hombres por medio de la faz de la Gorgona. El mito de Perseo relata las proezas del héroe que, habiendo conquistado a la mujer castradora, y armándose a sí mismo con el talismán de su cabeza, es capaz de llevar a cabo sus hazañas a expensas de las propias mujeres. El mito de la *vagina dentata* se convirtió en poderoso símbolo, asociado al temor a la castración, y una común ansiedad para los varones, temerosos de ser emasculados, de hecho o simbólicamente.

Conforme al mito griego, Medusa –cuyo nombre significa «guardiana» o «protectora», originalmente era una bellísima mujer, una de las muchas descendientes de la diosa de la tierra, Gaya. Mientras se encontraba en el templo de Atenea, el dios de los océanos, Poseidón, la violó. Esta «transgresión» fue severamente castigada por Atenea, que maldijo a la víctima, en lugar de sancionar al infractor, transformándola en un monstruo ctónico («perteneciente a la tierra»), por oposición a las deidades celestes. Pero lo que más terror inspiraba de Medusa no era su aspecto, si no su mirada, capaz de convertir a los hombres en piedra. La metamorfosis de la hermosa Medusa en un ser abominable, y su posterior aniquilación por parte de Perseo, el héroe varón, ha sido explicado por muchos –Freud, Harrison, Cixous,..., como la re-actualización de la destrucción del culto a la Diosa, en el periodo Neolítico. Esto ocurriría a manos de los Arya y otras tribus proto-indoeuropeas que adoraban a deidades masculinas y que, en torno al 2000 A.C., impusieron sus modos de vida, y con ellos su religión, a las tribus prehistóricas que habitaban las zonas de la actual Europa y el Oriente Medio, adoradores de la Gran Diosa desde tiempos inmemoriales.

Desde esos momentos, con toda probabilidad, la maternidad y el matrimonio se convierten en los rasgos más prominentes en la construcción de la identidad de las mujeres. Una matriz vacía supone, en muchas sociedades, un constante recordatorio de fracaso que no le permite a la mujer cumplir con su deber para con su marido y con el estado –durante mucho tiempo se consideró inconcebible que la causa de la infertilidad residiera en el hombre. Incluso el sangrado adquiere connotaciones de diferencia de género, cuyo

significado depende de a quién pertenezca el fluido corporal derramado. La menstruación es un acto involuntario, biológico, en las mujeres, que podía ser visto como una maldición en casos de esterilidad –el sangrado indicaba un vientre yermo. Por el contrario, sangrar como resultado de la lucha era un evento voluntario, generalmente unido a hechos heroicos.

Por lo tanto, la sociedad patriarcal ensalzó la figura de la madre (la matrona romana). Desde las primeras décadas del siglo XIX, se idealizó el papel de ésta. La maternidad dejó de ser una simple función reproductiva para empaparse de un significado simbólico. Lo doméstico (¡joj!, misma etimología que la palabra «domesticar») y maternal se sublimó como atributo básico, necesario para que una mujer se realizase como persona, afirmación de su verdadera identidad. Si el matrimonio le ofrecía la respetabilidad dentro de la sociedad, la maternidad era la confirmación de su entrada en el engranaje social. Así, lo que en la figura de la Diosa Madre encarnaba la esencia de su ser y la comunión con la naturaleza, se convierte ahora en símbolo de subordinación y dependencia. El deslizamiento simbólico del lenguaje ha producido, en palabras de Elizabeth Ross: «la domesticación de las mujeres y la deshumanización de los hombres. A través de la manipulación de los mitos, de los símbolos, se impone la androcracia, la violencia y la muerte sobre la vida, el gozo y la mujer»¹⁷.

Afortunadamente, la construcción del individuo en el pensamiento post-moderno dista bastante de la imagen uniforme representada por la filosofía liberal humanista, que lo retrataba como un ser autónomo, racional e indisoluble. Las representaciones que se realizan ahora sobre el individuo se basan en conceptos tales como la diferencia, la pluralidad, la fragmentación, la dependencia contextual de las identidades culturales y la ambigüedad. Walter Benjamin reconocía la no neutralidad de la historia. Según él, no existía documento en ninguna civilización que a la vez no fuera un documento de barbarie. La historia como la conocemos ha sido transmitida en forma de narración, y muchos discursos han quedado solapados, excluidos o silenciados, tal y como reconoce Linda Hutcheon: «All past ‘events’ are potential historical ‘facts,’ but the ones that become facts are those that are chosen to be narrated»¹⁸. Tanto en la historia «real» como en la «imaginada» –la Mitología, la transmisión del relato ha estado en manos de aquellos cronistas «normalizados», que han sido los encargados de la transmisión de los discursos hegemónicos.

17. ROSS, Elizabeth, «La Diosa Oscura. Mitología y Sexo». Parte 3, p. 68.

18. HUTCHEON, Linda, *The Politics of Postmodernism*, p. 72. Mi traducción: «Todos los ‘sucesos’ pasados son potencialmente ‘hechos’ históricos, pero aquellos que se convierten realmente en hechos son aquellos seleccionados para ser narrados».

Felizmente, aquellos individuos silenciados (entre ellos las mujeres), han comenzado a tomar la palabra y a sacar a la luz la artificialidad, y por lo tanto la no naturalidad, de las construcciones históricas, deconstruyendo las identidades esencialistas y mostrando que eran producto de una cuidada elaboración cultural. Como proclamó Simone de Beauvoir: «one is not born a woman, but rather becomes one»¹⁹.

Referencias Bibliográficas:

- ALLEN, Amy. *The Politics of our Selves: Power, Autonomy, and Gender in Contemporary Critical Theory*. Columbia University Press, 2008.
- ARANZADI MARTÍNEZ, Juan. *Introducción Histórica a la Antropología del Parentesco*. Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S.A., 2008.
- ARMSTRONG, Karen. *A Short History of Myth*. Canongate Books Ltd., 2005.
- BENHABIB, Seyla; BUTLER, Judith; CORNELL, Drucilla; and FRASER, Nancy. *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange*. Routledge, 1995.
- BENTLY, Peter (Editor). *Mitología. Guía Ilustrada de los Mitos del Mundo*. Círculo de Lectores, por cortesía de Editorial Debate, S.A., 1994. (editorial original: Duncan Baird Publishers, 1993).
- CHEERS, GORDON & OLDS, Margaret (Editores). *Mitología. Todos los Mitos y Leyendas del Mundo*. Círculo de Lectores, por cortesía de Global Book Publishing (2003), de la traducción de ANUVELA, 2005.
- DE BEAUVOIR, Simone. *El Segundo Sexo*. Cátedra, 2005.
- DE LA CONCHA MUÑOZ, Ángeles & DOBROTT BERNARD, Gretchen. *English Literature in the Second Half of the Twentieth Century*. UNED, 2006.
- EAGLETON, Mary. *Working with Feminist Criticism*. Cambridge, Massachusetts: Blackwell Publishers Inc., 1996.
- ELLER, Cynthia. *Living in the Lap of the Goddess: the feminist spirituality movement in America*. Beacon Press, 1995.
- FOUCAULT, Michel. *Feminism & Foucault: Reflections on Resistance*. Diamond, I. & Quinby, L. (eds), 1988.
- FRANKLIN, Nicholas John. Apuntes: «Ideals of Womanhood in Victorian Britain». UNED, 2003.
- FRAZER, James. *The Golden Bough*. Penguin Books, 1996.
- GILBERT, Sandra M. y GUBAR Susan. *La loca del desván: La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Ediciones Cátedra, S.A., 1998.
- GOLDMAN, Jane. *The Cambridge Introduction to Virginia Woolf: An Introduction*. Cambridge University Press, 2006.

19. DE BEAUVOIR, Simone, *The Second Sex*. Mi traducción: «una no nace mujer sino que se convierte en una».

- GRAVES, Robert. *Los Mitos Griegos*. Círculo de Lectores, 2002.
- . *The White Goddess*. Faber parperback, 1999.
- HIDALGO, Pilar. *Paradigms Found: Feminist, Gay, and New Historicist Readings of Shakespeare*. Rodopi, 2001.
- HUTCHEON, Linda. *The Politics of Postmodernism*. Routledge, 1989.
- IRIGARAY, Luce & WHITFORD, Margaret. *The Irigaray Reader: Luce Irigaray*. Blackwell Publishing, 1991.
- KANE, Michael. *Modern Men: Mapping Masculinity in English and German Literature 1880-1930*. Continuum International Publishing Group, 1999.
- LEITCH, Vincent B. et al.. *The Norton Anthology of Theory and Criticism*. Norton & Company Inc., 2001.
- LYOTARD, Jean-François. *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Manchester University Press, 2005.
- MEDRANO VICARIO, Isabel, SOTO GARCÍA, Isabel y ELICES AGUDO, Juan Francisco. *Literatura Inglesa II. Guía Didáctica*. Madrid: UNED, 2003.
- MIOLA, Robert S. *Shakespeare's Rome*. Cambridge University Press, 1983.
- OVIDIO. *Metamorfosis*. Colección Austral. Espasa: Madrid, 1994.
- PARKIN, Robert & STONE, Linda. *Antropología del Parentesco y de la Familia*. Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S.A., 2007.
- RAMÍREZ GOICOECHEA, Eugenia. *Evolución, Cultura y Complejidad: La Humanidad que se hace a sí Misma*. Editorial Universitaria Ramón Areces, 2009.
- RYAN, Michael. *Literary Theory: A Practical Introduction*. Blackwell Publishing, 1999.
- SAMUEL, Raphael & THOMPSON, Paul Richard. *The Myths We Live by*. Taylor & Francis, 1990.
- SCHWARZ, Fernando. *Mitos, ritos, símbolos. Antropología de lo Sagrado*. Ed. Buenos Aires, Biblos, 2008.
- SIMONIS, Angie. «Diosas y Mitos Femeninos: El Renacer del Poder de las Mujeres». Centro de Estudios de la Mujer, Universidad de Alicante, 2011.
- TUBERT, Silvia y ALDA, Carmen. *Figuras de la Madre*. Universitat de València, 1996.
- VELASCO MAILLO, Honorio M. *Cuerpo y Espacio: Símbolos y Metáforas, Representación y Expresividad en las Culturas*. Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S.A., 2008.
- WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own & Three Guineas*. Oxford University Press, paperback, 1998.
- YOUNG, Iris Marion. *Intersecting Voices*. Princeton University Press, 1997.
- ZAMORANO RUEDA, Ana y VERICAT PÉREZ-MÍNGUEZ, Fabio. *English Literature and Thought in the First Half of the Twentieth Century*. UNED, 2003.

Web sites

- <<http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/castellanos.pdf>>, última vez consultado el 19-05-2012. CASTELLANOS, Gabriela. «¿Existe la Mujer? Género, Lenguaje y Cultura.»
- <http://www.cultofdivinebirth.com/Goddess_and_Bull.IAM.pdf>, última vez consultado el 22-05-2012. RIGOGLIOSO, Marguerite. «The Disappearing of the Goddess and Gimbutas. A Critical Review of *The Goddess and the Bull*»
- <<http://www.dhushara.com/paradoxhtm/fall.htm>>, última vez consultado el 24-06-2012. «Emergence of Civilization and Fall into Patriarchal Dominion».
- <http://dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=262539>, última vez consultado el 25-05-2012. GUIL BOZAL, Ana. «El papel de los Arquetipos en los Actuales Estereotipos sobre la mujer»
- <<http://ebooks.cambridge.org/ebook.jsf?bid=CBO9780511696770>>, última vez consultado el 19-05-2012. HARRISON, Jane Ellen. *Prolegomena to the Study of Greek Religion*.
- <<http://www.elizabethrossmx.com/letras/diosaoscuraparte3.pdf>>, última vez consultado el 20-06-2012. ROSS, Elizabeth. «La Diosa Oscura. Mitología y Sexo.», parte 3.
- <http://www.english-e-corner.com/comparativeCulture/etexts/more/feminist_reader/binarythought.html>, última vez consultado el 19-05-2012. EAGLETON, Mary. «Patriarchal Binary Thought».
- <<http://es.scribd.com/doc/5020158/Louis-Althusser-Ideologia-y-aparatos-ideologicos-de-Estado-Freud-y-Lacan>>, última vez consultado el 19-05-2012. ALTHUSSER, Louis. «Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado. Freud y Lacan»
- <http://es.wikipedia.org/wiki/Medusa_%28mitolog%C3%ADa%29>, última vez consultado el 24-06-2012.
- <<http://es.wikipedia.org/wiki/Moiras>>, última vez consultado el 20-06-2012.
- <http://findarticles.com/p/articles/mi_m0403/is_n4_v41/ai_18412899/>, última vez consultado el 12-05-2012. Swanson, Diana L.. «My Boldness Terrifies Me»: Sexual Abuse and Female Subjectivity in *The Voyage Out*».
- <<http://www.funjdiaz.net/folklore/07ficha.cfm?id=2175>>, última vez consultado el 23-06-2012. PRAT FERRER, Juan José. «El mito de la Magna Dea en la cultura contemporánea».
- <<http://hercules.gcsu.edu/~mmagouli/defmyth.htm>>, última vez consultado el 20-06-2012. MAGOULICK, Mary. «What is Myth?».
- <<http://www.homoysapiens.com/2007/03/homo-sapiens-sapiens.html>>, última vez consultado el 15-06-2012. «Homo Sapiens Sapiens».
- <http://www.iias.nl/nl/37/IIAS_NL37_23.pdf>, última vez consultado el 23-05-2012. GIEZEN, Thera. «Gender, Myth, and Mythmaking»

- <http://matriarchy.info/index.php?option=com_content&task=view&id=4&Itemid=26>, última vez consultado el 24-06-2012. «The Emergence of Patriarchy».
- <<http://www.mother-god.com/triple-goddess.html>>, última vez consultado el 23-05-2012. «The Triple Goddess: the Original Holy Trinity».
- <<http://rincondelloboestepario.blogspot.com.es/2011/01/la-mujer-en-el-cristianismo.html>>, última vez consultado el 25-06-2012. «La Mujer en la Religión»
- <<http://tejiendoelmundo.wordpress.com/2010/04/23/mitologia-las-moiras-y-las-parcas-las-hilanderas-del-destino/>>, última vez consultado el 20-06-2012. «Mitología. Las Moiras y las Parcas, las Hilanderas del Destino».
- <http://thinkexist.com/quotes/jane_caputi/>, última vez consultado el 04-05-2012.
- <<http://www.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/PDF/MATRIZ%20DE%20LA%20GRAN%20DIOSA%20%20MADRE%20NEOLITICA.pdf>>, última vez consultado el 22-05-2012.
- <http://www.yorku.ca/inpar/inpar001_pigg.pdf>, última vez consultado el 19-05-2012. PIGG, Daniel F «Representing the Gendered Discourse of Power: The Virgin Mary in *Christ I*».
- <http://en.wikibooks.org/wiki/Cultural_Anthropology/Ritual_and_Religion>, última vez consultado el 19-05-2012.

Imágenes

IMAGEN 1: Cueva «El Útero de Roca» (Benkovo, Bulgaria)

<<http://images.search.conduit.com/ImagePreview/?q=NENKOVO+%28Bulgaria&ctid=CT3079332&SearchSource=1&FollowOn=true&PageSource=Results&SSPV=&start=0&pos=3>>, descargada el 22-06-2012.

IMAGEN 2: Venus de Laussel (Marquay, Francia)

<http://es.wikipedia.org/wiki/Venus_de_Laussel>, descargada el 22-06-2012.

IMAGEN 3: Venus de Willendorf (Willendorf, Austria)

<http://es.wikipedia.org/wiki/Venus_de_Willendorf>, descargada el 22-06-2012.

IMAGEN 4: Poster de propaganda (EE.UU.)

<<http://atheism.about.com/b/2010/10/21/propaganda-poster-my-husband-controls-my-uterus-3.htm>>, descargada el 22-06-2012.

IMAGEN 5: Diosa árabe pre-islámica (Museo de Bellas Artes de Lyon)

<<http://en.wikipedia.org/wiki/Al-l%C4%81t>>, descargada el 22-06-2012.